

roducción de los venenos en la terapéutica (y hace mucho que se verificó á pesar de la influencia preponderante atribuída á las palabras cabalísticas), ha sido un primer paso en el camino de la explicación química de la vida; no se puede obrar por la química sino sobre aquello que es de naturaleza química también.

En la actualidad nadie pone en duda la influencia de las substancias químicas sobre las manifestaciones vitales; es cierto que el alcohol embriaga y que el opio hace dormir; pero, se dirá, si evidentemente hay química en muchos fenómenos vitales, evidentemente también hay en ellos otra cosa.

¿Otra cosa? ¿Qué? ¿Palabras?

Pues, en efecto, son palabras en cuya eficacia se ha creído en otro tiempo tan firmemente, que aún se las repite y se las repetirá mucho tiempo todavía como si tuvieran algún sentido.

Ciertamente se transmiten los hombres sus ideas por medio de las palabras: por medio de ellas un jefe manda á sus súbditos; pero de que ciertos signos fonéticos convencionales, transmitidos en las familias por la educación, sean utilizados para las comunicaciones entre los hombres de un mismo país, se ha llegado á atribuir, sin la menor lógica, á estas palabras que sólo tienen valor de *hombre á hombre*, una importancia universal: se ha creído que las palabras mandaban á los elementos, y se ha deificado al verbo.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él era desde el principio el Dios. Todas las cosas han sido hechas en Él, y nada de lo que ha sido hecho, ha sido hecho sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Y el Verbo se hizo carne.»

Para un espíritu no prevenido, el sentido de todas estas bellas frases (si es que tienen algún sentido) sería simplemente que Dios es una palabra, una manera de hablar. Pero esta explicación literal haría sonreír de desprecio á los teólogos, que (no hay para qué ocultarlo) son más retóricos que filósofos. La palabra griega *logos*, la palabra latina *verbum* equivale á la francesa *palabra ó discurso*; pero esto hubiera sido demasiado claro; se hubiera visto que las frases precedentes no significaban gran cosa; *verbo* tiene otra significación más misteriosa, como se ve en el lenguaje poético:

porque la palabra es el verbo, y el verbo es Dios,

ha dicho Víctor Hugo; esto hace un verso magnífico: luego representa algo distinto de la miserable explicación en la cual me detenía hace un momento. El lenguaje verdaderamente científico, es demasiado preciso y claro; hace desaparecer toda huella de misterio y, por lo tanto, toda belleza. Un profesor de Filosofía anotaba recientemente de este modo un trabajo de uno

de sus discípulos: «demasiado claro, se comprende á la lectura»; no se puede ser profundo si se es claro; hay que dejar á las frases una vaguedad bajo la cual se adivina abismos de pensamiento:

Las palabras son los misteriosos transeuntes del alma,

ha dicho el mismo Víctor Hugo; ¡id, pues, á buscar profundidad en las obras de un caballero que «llama gato á un gato»!

«¿Para qué discutir con los metafísicos?, me decía recientemente uno de los más escuchados maestros de la psicología contemporánea. No hablan ustedes la misma lengua. Supongamos que tenemos que estudiar una alcachofa: nosotros nos dedicaremos buenamente á estudiar las hojas de la alcachofa, el tallo de la alcachofa, el interior de la alcachofa; los metafísicos, por el contrario, empezarán por quitar las hojas, después el tallo, luego el interior, y entonces quedará «la alcachofa en sí». Y cuando estos caballeros discutan sobre la naturaleza de la alcachofa, se entenderá que se trata únicamente de «la alcachofa en sí», objeto que no tiene evidentemente relación alguna con las hojas, el tallo y el interior que nosotros hemos estudiado. ¿Para qué, pues, discutir? No hablamos de las mismas cosas, y se despreciaría al menguado filósofo que para estudiar una alcachofa tuviera en cuenta detalles tan vulgares y tan materiales como los dichos.»

Yo pensé, á pesar mío, en el campesino bretón que había tragado la receta del médico. Indudablemente estos señores no la habrían tragado, porque eso es demasiado grosero y material; únicamente se hubieran penetrado de su espíritu, hubieran absorbido con el pensamiento «la quinina en sí» para cortar su fiebre.

No estamos, además, tan lejos de la época en que se atribuía á los medicamentos una *virtud* del mismo orden que el principio vital, y aun hay hoy muchas gentes que piensan que un producto farmacéutico no es activo solamente por su naturaleza química. El hombre ama el misterio; la poesía que nos mece tan deliciosamente ó que desarrolla en nosotros las aspiraciones más nobles, es por regla general un conjunto de ficciones que sabemos son absurdas y que, sin embargo, nos conmueven, cuando están bien dichas, más que las grandes verdades de orden científico. El positivista más convencido no ha sido nunca insensible á la magia de un hermoso verso que no significa nada. Un hábil manejador de palabras es peligroso: puede hacer aceptar ideas malas ó falsas; el arte es lo contrario de la ciencia.

En las *fuerzas tumultuosas*, Verhaeren ha intentado un gran esfuerzo hacia lo que podría llamarse «la poesía de la verdad». Hay tantas cosas admirables en la Naturaleza, que es inútil buscar en la ficción la fuente de emociones violentas y profundas. Esto es cierto; pero las be-

llezas de orden científico no serán jamás un tema digno de inspirar á los poetas; son hermosas por su verdad; el arte, la grandilocuencia, no les agregan nada. Al contrario tal vez; yo no sé si un teorema perdería su belleza al pasar por la pluma de Flaubert. No veo lo que ganaría el teléfono en ser cantado por Victor Hugo.

Los poetas acostumbrados á personificar en su lenguaje figurado todas las causas naturales de los hechos, hacen exactamente lo contrario de lo que buscan los sabios. Son por su naturaleza eminentemente antropomórficos. La ciencia y el arte hablan (1) á dos partes distintas de nuestro individuo: las alegrías que encontramos en la ciencia no son sin duda menores que las que debemos al arte; pero son *otras*, y es un error tratar de confundirlas y mezclarlas. La parte de nosotros que es sensible á las manifestaciones del arte, es el lado metafísico hereditario, y es mucho mayor en algunos hombres que el lado científico, desarrollado únicamente por la educación. Serán precisos sin duda muchos siglos para que nuestra aptitud para saborear la verdad desnuda adquiera en nuestra estructura congénita una importancia tan grande como la que hoy ocupa nuestra tendencia mística hacia el

(1) Advierto ahora que yo mismo estoy personificando la ciencia del arte en el preciso momento en que declaro nocivas todas las personificaciones. Es poco probable que el lenguaje humano llegue jamás á no hacerlo.

arte; pero no hay para qué ocultarlo: esto matará á aquello.

Existen en nuestra época hombres en absoluto diferentes unos de otros: unos, artistas puros, hombres de tradición, están cerrados á la ciencia; otros que han sufrido una educación únicamente científica, tienen una cultura artística casi nula; pero no pueden, sin embargo, ser insensibles á ciertas manifestaciones del arte; otros, por último, y éstos son los más felices, han podido, merced á una educación mixta, y sobre todo á raros dones naturales, ser capaces á la vez de los goces artísticos y de los goces científicos.

Han tenido la inmensa dicha de comprender y de apreciar á los hombres de las dos primeras categorías, los cuales, preciso es confesarlo, tienen generalmente unos por otros poca consideración y simpatía. La existencia de estos *tipos de transición* es la que ha hecho creer en la posibilidad de un arte científico, y yo creo que hay en ello un grave error. Entre las emociones de origen artístico y las de origen científico hay tanta diferencia como entre la vista y el oído: no veo la ventaja que obtendríamos de percibir por los ojos los movimientos que causan el sonido; la ejecución de una obra maestra de Gluck no daría sobre el cilindro del fonógrafo una línea de maravillosa belleza.

Esta comparación con la vista y el oído no es estrambótica, porque entre estos dos sentidos del hombre no existe antagonismo; pueden desarro-

llarse paralelamente sin ser nocivos uno á otro. No creo, por el contrario, que sea posible cultivar al mismo tiempo en un hombre, sin perjuicio para una de las dos culturas, el gusto por la verdad y el de la ficción.

Materlinck, me dirán ustedes, es un soberbio poeta, y, sin embargo, ha estudiado las abejas con un espíritu científico innegable; ha escrito con motivo de estos admirables insectos una verdadera epopeya, que es difícil leer sin emoción. Yo conozco, sin embargo, muchos hombres de la segunda categoría citada que prefieren leer la historia de los himenópteros en un Manual riguroso y preciso y que no han gozado con la obra del cantor de las abejas. De otra parte, si es innegable que el poeta belga ha dado prueba de un gran espíritu científico en sus estudios de apicultor, no es menos cierto que se ha dejado coger por la magia de las palabras, por la magia de su hermosa dicción figurada en una obra más reciente: *El Templo derruido*.

La lengua científica debe ser clara y desprovista de imágenes; la lengua de los poetas es, por el contrario, tanto más bella cuanto más llena está de evocaciones místicas y de personificaciones; no hay ventaja alguna en aplicar la poesía á la ciencia; antes bien, parece que las dos lenguas se separan cada vez más, y nada ganan en ser confundidas. Mallarmé ha sido muy lógico al crear para su poesía un vocabulario en el cual cada palabra adquiría un sentido en re-

lación con su sonoridad; pero es cierto que la lengua de Mallarmé se prestaría difícilmente á la geometría. Un teorema debe ser escrito en una lengua común á todos los hombres, y en la cual la significación de las palabras sea independiente de la impresión personal que su audición procure á cada uno. La educación científica enseñará á los hombres á saborear las ideas, y no la forma en que éstas se hallen expresadas. Así, pues, la educación científica se hace cada vez más indispensable á todos; dentro de dos ó tres generaciones no habrá ni un hombre civilizado que esté desprovisto de ella.

¿Quiere esto decir que, continuando la evolución, aparecerán hombres que no conserven huella hereditaria de las creencias de los antepasados? ¿Llegará un día en que se viva de una manera exclusivamente científica? No creo que el evolucionista más atrevido se atreva á asegurarlo. Lo que hoy llamamos hombre es un mecanismo coordinado, ciertas partes del cual son residuos atávicos, huellas de antiguas leyes ó de antiguas teologías, mientras otras partes del mismo mecanismo resultan únicamente de la adaptación cada vez más estrecha del individuo á los choques con el exterior y constituyen nuestro aparato lógico. ¿Tenemos el derecho de suponer que el mecanismo, desembarazado de las primeras partes, podrá permanecer coordinado con sólo las segundas? Nada nos permite afirmarlo, y es más verosímil creer que el hombre conser-

vará siempre huellas cerebrales de su herencia originaria; el progreso consistirá en saber distinguir lo que, en nuestra cerebración, es una reliquia de nuestros antepasados ignorantes, y en someter á nuestros sentimientos llamados espontáneos al juicio de la razón.

Sin querer extendernos en consideraciones tan poco comprobables, limitémonos á considerar el innegable antagonismo que actualmente se manifiesta entre la tendencia mística ó religiosa y la tendencia científica.

* *

Encuentro una imagen muy interesante de este antagonismo en la lucha actualmente entablada entre la enseñanza clásica y la enseñanza moderna.

Ante la enorme cantidad de hechos científicos adquiridos, y que deben ser enseñados, ha sido preciso pensar en sacrificar los programas, y nosotros, que hemos pasado los mejores años de nuestra juventud en compañía de los clásicos latinos y griegos, deploramos la necesidad que privará á las próximas generaciones de este alimento tan agradable. Terminamos un período durante el cual no se consideraba como «un hombre bien educado» al que no había hecho «sus humanidades». Pero en cuanto nosotros hayamos desaparecido, el conocimiento de los autores antiguos no será considerado sino como un complemento de lujo de una instrucción más

sólida. Hoy sería vergonzoso ignorar á Virgilio y á Homero, y no se experimenta la menor molestia en confesar que se desconoce la máquina de Gramme; dentro de algún tiempo estarán las cosas invertidas: se temerá mucho más estar mal informado sobre el funcionamiento del teléfono que ser cogido en flagrante delito de ignorancia respecto de la *Odisea*.

Esto, se dirá, bajará el nivel de la especie humana. Es curioso que *a priori*, y sin haberse dado la razón de ello, la mayor parte de los hombres consideren como superior, como más noble, la parte mística y nebulosa de su cerebro, aquella en que reviven sus antepasados más bárbaros, y que hablen con desdén, por el contrario, de lo que constituye la liberación real de nuestra naturaleza, lo que nos pone por encima de todos los demás animales: la investigación de la verdad.

Los hombres serán de todos modos menos felices, dirán los amigos del arte. Yo no lo creo así. Mientras nuestro sentido místico se transmite hereditariamente á nuestros descendientes, habrá poetas y artistas y obras que satisfagan esta parte de nuestro cerebro que corresponde á la herencia de nuestros antepasados; y si un día desapareciera ésta por virtud de los progresos de nuestro desarrollo científico, como no existiría la necesidad de arte, no deploraríamos la ausencia de artistas. Mas no por eso experimentaremos menos goces; sólo aquellos que no han sa-

boreado los de orden científico pueden suponer que sean inferiores á los que debemos á la poesía. Son, además, más seguros, menos contingentes. Hay que confesar que las obras de arte, aun las más bellas, son discutidas; los *inteligentes* dicen que gozan con algo inaccesible al vulgo, y se ha censurado á Tolstoi porque quiere el arte al alcance de todos; pero entre los propios inteligentes, ¡qué de grupos, qué de iglesias fuera de las cuales no hay salvación!

La verdad científica impersonal se levanta frente al individualismo artístico como un faro que alumbra el porvenir y promete librar al hombre de todos los terrores misteriosos, de todas las supersticiones absurdas que hacen la desdicha de la vida; pero no llegará á ello sino á expensas del misticismo, reliquia de épocas bárbaras. Aun en nuestros días, muchas naturalezas están abiertas á las emociones artísticas y á las alegrías y á los goces de la ciencia positiva, pero esto no existe sino á expensas de aquello: esto matará á aquello.

Pocas personas aceptarán esta manera de ver; el espíritu conservador lucha sin cesar contra el espíritu científico revolucionario; se trata generalmente de rudo á un hombre de ciencia que ignore las cosas artísticas; creo, pues, que no se adoptará esta idea del antagonismo del arte y de la ciencia; pero al menos no se podrá dudar de que para la investigación de la verdad es nocivo el empleo del lenguaje de la ficción.

Lo que sostiene las discusiones entre los filósofos, lo que les impide terminarlas, es que hay filósofos de dos naturalezas opuestas: hay filósofos poetas y filósofos sabios; es la lucha del hombre viejo contra el hombre nuevo. Los dos pueden coexistir en el mismo individuo, pero son antagonistas: no pueden entenderse.

Los filósofos poetas, los filósofos retóricos, si es lícito expresarse así, se embriagan con palabras mal definidas; para ellos es para quienes el Verbo es Dios. ¡Son artistas! En primera fila entre ellos están los teólogos. ¿Han asistido ustedes algunas veces á un sermón de uno de los grandes predicadores actuales? Y si habéis sido arrebatados por la elocuencia del discurso, si habéis experimentado al escucharle un verdadero goce de orden artístico, ¿habéis tratado después de *resumir* en lenguaje claro lo que habéis oído? Esta es una experiencia muy interesante. No hay que entablar discusión con los teólogos: se llegaría á una vana logomaquia; basta resumir su retórica en lenguaje claro: inmediatamente sus argumentos se desmoronan, sólo se sostienen por las palabras. Estas palabras no necesitan tener sentido para producir una emoción profunda cuando están dispuestas con arte...

Se nos repite en todos los tonos que la ciencia nada tiene que ver con la fe. Pero la fe es un conjunto de palabras que no representan *nada*. (Escuchad á Rabelais: «Fe es argumento de las cosas de ninguna apariencia»). Es cierto que no

se puede estudiar en los laboratorios lo que representan los artículos de fe; pero se puede demostrar que estas palabras no representan nada, y esto tiene su importancia si estas palabras tienen precisamente por resultado el aterrorizar á la Humanidad.

CAPITULO XVI

LA EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE ARTICULADO

§ 51.—Tradición oral y herencia.

Si se puede poner en la cuenta del lenguaje un gran número de errores filosóficos, no por eso hay que tratar de aminorar la utilidad de este maravilloso instrumento. No es de ayer cuando Esopo demostró que las lenguas son á la vez lo mejor y lo peor que existe en el mundo.

En la época en que, en los antepasados comunes á los hombres y á los monos, un grupo de individuos se encontró, bajo la influencia de condiciones que ignoramos, dotados de un aparato de fonación de flexiones variadisimas, este grupo constituyó una variedad infinitamente favorecida bajo la relación de la facilidad de las relaciones sociales; se puede afirmar atrevidamente que si los descendientes de estos monos parlantes han conquistado progresivamente la superioridad del reino animal, lo han debido al lenguaje articulado. Á causa del lenguaje articulado y de todas las funciones que de él resultan, el